

## María Baranda

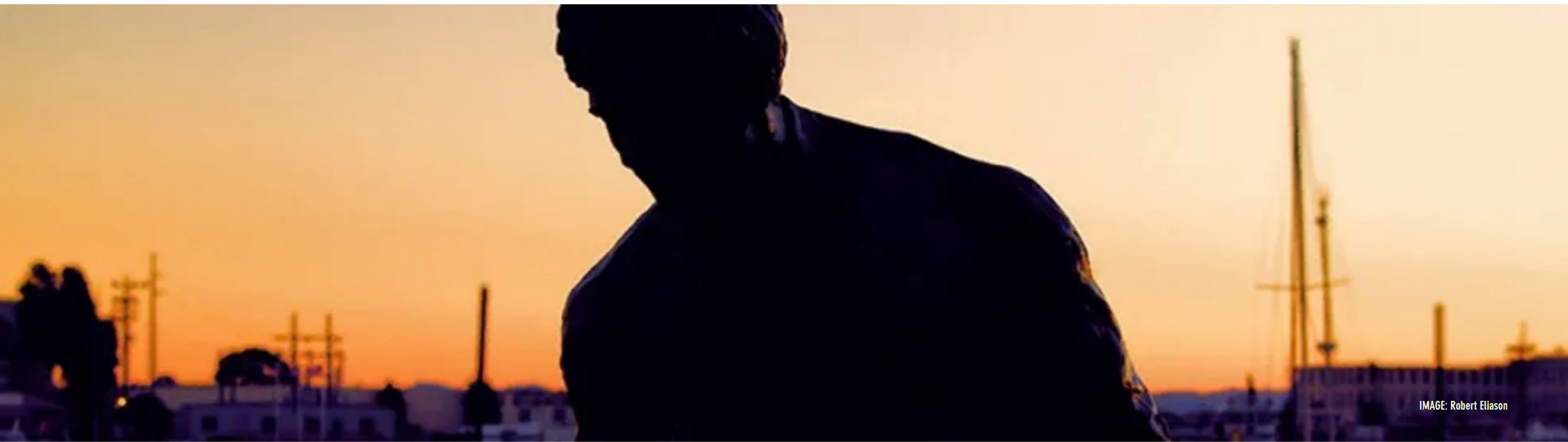


IMAGE: Robert Eliason

María Baranda, one of the most important poets of her generation in Mexico, is a powerful presence throughout all of Latin America. Her work received Mexico's Elrain Huerta and Aguascalientes prizes as well as Spain's Francisco de Quevedo Prize. Yale University is publishing her *Selected Poems*, edited by Paul Hoover.

He guardado tu máscara de espuma entre mis dientes.

He comido de tu frío cucharón de médula  
para probar tu vieja sangre de sepulturero  
en un jardín que ya se desvanece.

He aguardado el acecho de tardas naves al crepúsculo  
para lamer la sed de los vencidos, el tajo de amargura  
que abandonaste con tus zapatos cojos.

Yo te dejé impaciente aquel pellejo blando  
arrancado a tu breve piel de niño,  
tomé tu cuna como si fuera mi guarida  
y fui el pájaro veloz a contratiempo del destino,  
la loca sin cadenas que parió alacranes  
al escuchar el canto y el temblor de las pequeñas viudas  
sin fe y sin hijos. Por ti la mano hundida  
en la solapa de la mar refulge entre las grietas  
de una constelación fecunda y lejos de los ciegos.  
Por ti la luz cansada de expandir  
las blancas dunas en la tierra,  
tiende su olor de azar para que un día  
los naufragos broten de ti bajo las piedras  
y puedan ser la voz, única y cuerda voz,  
para que venza la edad de quien merece regresar  
entre los verdes bulbos de la vida.

Porque lo que ya fue no sigue siendo  
en una noche de claros gritos,  
cuenca para que un dios trace su aliento  
en forma de guadaña y nos conduzca  
a ti, a mí y al enemigo,  
bajo los párpados de un sol enfermo,  
tiniebla y tempestad  
entre los labios de una infancia  
en que los rostros fueron la cuerda  
al hombre y a la bestia,  
para saber que sólo fuimos compás  
de un tiempo sin tiempo entre dos cuerpos.

Jalar, sólo jalar es lo que clamas, pero hay un pez  
en el frío mar de tu agua viva, que te recuerda  
lo que eres para él en el festín de un pájaro asesino.

No puedo ver lo que tú ves porque en el miedo  
hay una lámpara que se consume en el ritual de ser  
un penitente de boca seca,  
cuerpo de arcilla que se erige,  
para nombrar la paz oscura de los truenos,  
el alma del abismo,  
y así poder vencer aquel veloz instante de la ciénega  
que nos hace sentir que tú, yo, los otros todos  
somos un mismo momento único, oscuro y detenido.

Porque yo supe que mi vida  
era guardar la blanda sal de la victoria  
y caminar entonces por el ácido territorio del silencio  
donde mi corazón ardió en la luz  
cuerpo tras cuerpo como una nodriza  
que amamanta a su jauría de víboras.

Y supe entonces ver en lo distinto y separado del racimo  
la fresca quemazón de la constancia,  
igual que el mar y sus rastros cumple  
la edad del día en cada tarde,  
así yo establecí en la lumbrería  
mi hogar y mi ración de vida.

Veme ahora aquí restituir  
en el horror y el desamparo  
de los nadies donde ser alguien  
para qué o para cuándo  
es entrar en el reino de los pájaros, soñar  
que nos hay puercos ni hombres que se cansen de gritar  
su confidencia en la vidriera de un dios  
que a nadie reconoce.

*Mi corazón leal,*  
prófugo y abierto a los sonidos ondulantes,  
busca un sitio de cálidos contrastes  
donde poder gritar  
entre las gruesas costras de su sangre.  
Mi corazón, pequeño cáliz abierto al precipicio  
en las letrinas grávidas de amor y azul celeste.  
En su estrechez de amar mi corazón adusto  
se estremece, da un vuelco a su ambición  
tan desmedida  
y cae parcial, vertiginoso,  
en la dura sal que asedia a los vencidos.

